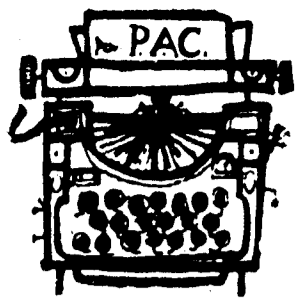


escrito a máquina

En la Patria de Rafaela Herrera



La lengua, que es la obra del poeta que hay en el hombre (el lenguaje es poesía), la lengua —digo— no reparte los géneros en las cosas y en los elementos gratuitamente, sino por profundas analogías y representaciones. En nuestra lengua el puño es masculino (porque se cierra, y es duro y agresivo), en cambio la mano es femenina (porque se abre, se tiende y es ágil, tierna y pasiva). El Sol es masculino (fecundador), en cambio la Tierra, es femenina. Para nuestra lengua y para todos los pueblos primitivos la Tierra es Mujer. A través de los géneros el lenguaje nos hace percibir el significado trascendente del sexo. Hay como una repartición cósmica que asigna reinos al hombre y a la mujer. La Tierra y la Naturaleza son femeninas. No es, pues, por una simple coincidencia, sino por algo que arranca de raíces muy hondas, que en el momento en que el Hombre —con su inventiva y su agresividad productora— está llegando a dañar a la Naturaleza y a poner en peligro a la Tierra misma, se produzca el fenómeno mal llamado de "liberación" de la mujer. Yo no sé si somos conscientes de este fenómeno. Pero es en los años de este Siglo XX que estamos todavía viviendo que se ha producido —junto con la gran revolución técnica— un acontecimiento mucho más trascendental para la historia de la evolución humana, y es que la mujer —discriminada y sometida durante milenios por el hombre— está ocupando aceleradamente su lugar protagonista A LA PAR del otro sexo, como cifra esencial CORRESPONSABLE de la aventura humana, que hasta ayer, rascamente monopolizaba el sexo masculino.

No se trata, por tanto, de una "liberación" de la mujer aunque su emancipación fue (y es todavía) un primer paso de reivindicación para recuperar su sitio en el devenir humano. Es algo mucho más importante. No que la mujer sea IGUAL al hombre, sino que su DIFERENCIA —su aporte propio de mujer— es imprescindible (cada vez más imprescindible) para el equilibrio en el desarrollo de las nuevas civilizaciones. Ya el hombre, el macho, tropezó con la pared de sus limitaciones. O asocia a la mujer, o su obra comienza a destruirse a sí misma.

La bomba nuclear, la polución, la destrucción de la naturaleza, la impotencia para controlar el poder del Poder, son los resultados del pensamiento masculino —abstracto, dominador y agresivo— y de su praxis, sin la contrapartida de la mujer, sensible a la Vida más que a la Historia, vinculada por naturaleza a lo concreto, y menos agresiva por cuanto es más sabia en su lucha contra la muerte.

Es hermoso y tentador avanzar sobre el significado de este fenómeno que está llamando la atención a pensadores de toda especie —desde biólogos a teólogos— en el mundo actual y que ha filtrado su novedad en todas las revoluciones de este siglo, incluso en el Concilio Vaticano de la Iglesia Católica. El mundo va, no al unisex (como creen superficialmente algunos) sino hacia un periodo sexuado. El hombre nuevo será (no patriarcal, no matriarcal) sino "pareja". El mundo que viene, como el origen de las lenguas, tiende a dividir a la mujer sus dominios y su corresponsabilidad. Pero dejemos para otra ocasión reflexionar sobre esta proyección del tema. Detengámonos ahora en Nicaragua y preguntémosnos cuáles son los signos y cuáles las formas en que se ha manifestado el fenómeno femenino entre nosotros.

Una primera respuesta, la más inmediata y también la más somera, sería estadística. En pocos años (digamos, en el último medio siglo) la mujer nicaragüense ha invadido las universidades, las fábricas, los comercios, las profesiones, el magisterio, los servicios públicos, ha tomado la dirección de algunas empresas y está actuando —cada vez con mayor eficiencia— en las filas de avanzada de las actividades de concientización: sindicalismos, obras sociales, culturales, religiosas, etc. Para valorar lo que significa esta irrupción femenina en la historia nacional hay que sopesar dos cosas: Primera, que la mujer ha ocupado estas posiciones después de siglos de estar relegada a "oficios domésticos". La rapidez con que ha llenado sus nuevas posibilidades indica unas aptitudes que no sabemos si el hombre (de haber estado cincuenta siglos emparedado en la vida hogareña) hubiera desarrollado tan rápida y eficazmente. Segunda: la mayor capacidad de nuestra mujer para captar los valores fundamentales humanos. En un medio "machista" y de sujeción femenina, como es todavía el nuestro, la mujer parece —proporcionalmente— más capaz de ser leal a su conciencia, más sensible a la injusticia y reacia al "sometimiento".

Esta mayor responsabilidad la ha adquirido nuestra mujer a un precio muy alto. La gran mayoría de los hogares nicaragüenses descansan, con todo su peso, sobre la mujer, sobre la MADRE. Un alto índice de la familia nicaragüense —por razón del mestizaje y por causas socio-económicas que en otros escritos he analizado— es una asociación inestable e injusta donde la mujer es sólo carga su

parte y la de su prole sino la del padre. La conducta del hombre, en cuanto a jefe de familia, resulta en Nicaragua —aún en hogares aparentemente integrados— de una deprimente irresponsabilidad. La mujer ha tenido que inventarse formas de defensa y producción, acometer toda clase de trabajos e invadir el terreno masculino para evitar el naufragio de la nave a su cargo. Por esto la mujer ha sido un factor básico en nuestro comercio popular, detrás del mostrador o de la pulpería, o como vendedora, o vivandera y hasta como prestamista. La mujer ha sido la principal impulsadora de los hijos. La mentalidad progresista. Casi no se da la mujer "echada". Si abunda el hombre echado. La ambición de "ser más" se da más en la mujer que en el hombre. Y en la lista de las irresponsabilidades: accidentes, alcoholismo, drogas, etc., la participación femenina es infima al lado de la del hombre. Nuestra mujer está ejercitada en la responsabilidad. (Etimológicamente "responsabilidad" es la capacidad de responder; es saber dar respuesta a los retos de la vida y de la historia; no anonadarse; no someterse a lo injusto). Por eso no me extrañaría que en el cercano futuro sea la mujer el factor principal en la transformación de la conciencia y de la sensibilidad social del nicaragüense.

Pero hay otro hecho que marca con más profundidad esa nueva situación y participación creciente de la mujer en nuestra historia. Es la aparición, en estos últimos años, de un grupo de mujeres escritoras, predominantemente poetas, en cuya calidad, por todos apreciada, no es preciso insistir, aunque si en lo numeroso y repentino del grupo porque revela algo así como la irrupción de una fuerza nueva, o como un silencio retenido que rompe diques deseosos de "manifestarse".

En todas las cosas hay —como en la luna— una cara oculta al hombre y es la que "ve" la mujer. La mujer revela su femineidad no sólo descubriéndose a sí misma, sino iluminando el universo desde su "otra" mirada. El ojo del hombre es como el ojo del sol, ve más desde arriba, desde las ideas, desde el análisis, desde los sentidos. El ojo de la mujer es como el ojo de la tierra, ve desde el corazón, desde los valores, desde la intuición, desde el misterio. La irrupción de la mujer en la literatura —sobre todo si es, como entre nosotros, en bandada— significa un enriquecimiento repentino en el repertorio expresivo de esa literatura y una luz insustituible encendida en la misma lengua, para iluminar la aventura de la condición humana. Significa que la mujer se ha instalado también en la expresión del nicaragüense —en la palabra— y es a través de las palabras que se realizan las transformaciones de los pueblos.

Finalmente, en el polo opuesto al de la palabra; en el oscuro fondo analfabeto donde se debate —entre angustias y frustraciones— la existencia misma de nuestro pueblo y donde desesperadamente brotan impulsos de ascenso y de liberación, también la mujer está sumiendo un papel protagonista. El caso de Amada Pineda ha servido para revelar, con resonancia nacional, la reciedumbre de nuestra mujer humilde, su responsabilidad —es decir, su conciencia de dignidad que tiene valor, desde el fondo de la más terrible humillación, de exigir una respuesta de justicia (¡ella, indefensa madre proletaria!) a toda la prepotencia de un ejército. En la patria de la Rafaela Herrera, esta mujer se ha convertido en un doble símbolo. Por una parte ha puesto en pie, junto con ella, la dignidad de los humildes. Sea cual sea el resultado del monstruoso proceder de nuestra justicia, el gesto de Amada Pineda ha revelado (¡y ha sido una mujer quien lo ha revelado!) que cuarenta años de opresión no han logrado aplastar la conciencia de su dignidad en ese pueblo que no sabe leer pero si sabe reclamar sus derechos.

Y el otro símbolo llega todavía más hondo, hasta las raíces de lo nicaragüense. En Amada Pineda encarna ese valor radical en la existencia de nuestro pueblo que es la Madre. Pero es la madre violada. No la Inmaculada del ideal, sino la violada de la cruda y opresora realidad nuestra. Es la "Matria" (el sentido femenino y materno de la Patria) sufriendo en su excelso significado la vejación y el ultraje sacrilegos de la fuerza bruta y armada. Es el último paso que puede dar el irrespeto al hombre: el irrespeto a la mujer. En el insulto del hombre, el límite es "mentar" a la Madre. En ella reside su último baluarte de dignidad. Por eso, al levantar, como una antorcha, su grito, Amada Pineda puso de manifiesto este criminal asalto al último reduto, al más íntimo, al más sagrado dentro de las categorías del aprecio humano. En ella se ha llegado a lo "último"... ¡No se busque otra causa a la indignación del pueblo! Es una indignación de fondo que todos compartimos: los que hablan y los que callan, los militares y los civiles, todos, excepto aquellos que han metalizado su corazón ahogando el grito de su propia sangre.